Betiane

Tan triste es la estación

que ha llegado el tiempo de hablar en señas.

Anthony Phelps

Betiane llegó a principios de otoño. La profesora la sentó a mi lado y aseguró que estaríamos mejor juntos. Una pequeña patria, entre paisanos se entienden mejor, agregó con una sonrisa trabajada de sorpresa, lástima y fatalidad. Truquera, como dicen acá. Antes creía que los chilenos la ensayaban frente al espejo cada mañana, o que se las dibujaban en el rostro al momento de nacer. Ahora creo que la ejercitan sólo cuando nos tienen cerca. Creo que ya soy experto en el lenguaje de las muecas y del desprecio solapado.

El profesor de Historia se preocupó por ella como lo hizo por mí, dictando y escribiendo una parte de la pizarra en francés, aunque yo no soy muy bueno con ese idioma. Betiane sí lo era. En tres meses ya se comunicaba mejor que yo. Siempre conversaba con el profesor, mitad francés, mitad castellano. Desde que llegué, hace un año, no pasa semana sin preguntarme si me gusta este país. Yo me río para que crea que sí y me deje tranquilo. Al principio me preguntaba por Macandal, por Toussaint Louverture, por Henri Christophe, por el palacio de Sans-Souci. Me dolía sólo pensar en todo eso. Le respondía que no sabía y le sonreía, a ver si se cansaba de preguntar. Un día me trajo un libro. Es de un gran poeta haitiano, me dijo, como tú. Quise aclararle que no soy poeta, pero en vez de eso le recibí el libro abriendo la boca y mi sonrisa de siempre se transformó en un gesto indefinido, fantasmal.

Cuida tu nombre, fue el primer consejo que le di a Betiane. Le conté cómo, en mi primer día, la profesora de matemática preguntó por el mío. Se lo dije con voz firme: «Leonaldo». Frunció el seño y volvió a preguntar. Levanté la cabeza y casi le grité al repetírselo. Ella trazó la sonrisa esa de ellos y me preguntó si estaba seguro de ser haitiano. A lo mejor es chino *usté*, remató. Fue la primera vez que se rieron de mí. También fue la primera vez que sonreí y bajé la vista para desaparecer, para estar tranquilo. A Betiane le conté la historia a medias, para no asustarla, pero la miré fijo y le pedí por favor que se cuidara el nombre.

El primer día frío del otoño, Betiane llegó con la cabeza cubierta por la capucha del polerón, como todos en el colegio. Le dije que se la quitara, que a la profesora de Matemáticas no le gustaba eso dentro de la sala. Ignoró mi consejo. Apenas entró, la profesora se le acercó y le ordenó quitársela. Me sudaron las manos. Le expliqué que Betiane todavía no entendía bien el castellano y sonreí como siempre. Jalándole la capucha, también sonrió. No hace tanto frío, le dijo, además, ustedes tienen la sangre más caliente. No podía sonreír por ella y fue la única vez que me quedé serio mientras mis compañeros se reían para adentro. La profesora enrojeció. A ver, me dijo, dime si no es verdad, Leonaldo. Asentí. Sonrió satisfecha y comenzó la clase. Betiane me interrogó. El rostro me dolía de calor. Sonreí, bajé la vista y le pedí que nunca, pero nunca más vistiera la capucha dentro de la sala.

Después de tres meses, Betiane todavía se defendía cuando la llamaban negra. No soy negra, soy café, les decía abriendo los ojos y sosteniéndose el rostro con las manos, como si se le fuera a caer. A mí, cuando me molestaban por eso, los hombres me miraban la entrepierna, con curiosidad cómplice, respetuosa, y las mujeres enrojecían, sonreían y bajaban la cabeza. Intenté tranquilizarla. Para

hacerla reír le conté que todos aquí se creen blancos, que ellos se depilan las cejas y ellas se tiñen de rubio; en vez de reír, se le contrajo la frente y en silencio se tapó el rostro con las dos manos.

Poco antes de su último día, le devolví el libro al profesor de Historia. Le dije que no había entendido mucho. Me preguntó si me había recordado a mi país, si había sentido su ser de carne durante la lectura. Quise decirle que si el poeta conociera Cité Soleil habría escrito un libro muy distinto. En lugar de eso, bajé la vista, sonreí y le dije que sí, un poco.

Ya estábamos en invierno cuando a Betiane le dijeron Bestiane. Se le salieron los ojos de tanto abrirlos, enrojeció, arqueó la espalda y apretó los puños. Les gritó masisi, chien sal, bouzin sal, mafu to dayo; también dijo hijoeputá, conchatumére, mariconó.

Lloró, berreó y su voz sonó como si se rasgara un manto muy grueso. Al otro día no volvió a clases.

Ahora me siento solo como un trogón viudo, pero debo acostumbrarme. Me gustaría que hubiese conversado con mamá. Quizá Betiane sí hubiera entendido que acá estamos mucho, pero mucho mejor.